

"CANCION DEL NIÑO - POETA"

El niño canta a la flor
su canción de primavera.
Mi corazón sin amor...
Naranja, nardo, palmera...

El niño canta al lucero
su canción de sol y luna.
Mi corazón prisionero...
Sonrisa, nube, aceituna.

El niño canta a la aurora
su canción de amanecer.
Mi corazón se enamora...
Mar, barquilla, atardecer.

El niño canta a la rama
su canción de pajarillo.
Mi corazón que te ama...
Arbol, retama, tomillo.

El niño canta a la arena
su canción triste de playa.
Mi corazón tiene pena...
Faro, destello, atalaya.

El niño canta a la sombra
su canción de amor y río.
Mi corazón que te nombra...
Agua, ola, viento, frío.

El niño canta a la tarde
su canción de luz ausente.
Mi corazón que no arde...
Manantial, silencio, fuente.

El niño canta a la vida
su canción de amor postrera.
Corazón, busca la huída...
Almendro, amor, sementera.

M. ARJONILLA TERRERO



Por tierras gallegas

SANTOS SANCHEZ GONZALEZ

I.—ASI ES GALICIA

ENTRAR en Galicia por la ruta de Sanabria es algo de ensueño, es un despertar alegre, lleno de luz y color; comenzar a disfrutar de la Suiza española en el amanecer de un claro día de Julio, es como traspasar la entrada de un enorme jardín natural, un jardín con dos bellezas, cuales son las que posee Galicia: la «terriña meiga», la del inmenso mar azul surcado por barquitas, y la del otro mar, no menos inmenso, mar verde con sus «vaquiñas» en los maizales, sus bosques de pinos y castaños; sus fuentes y arroyos rientes; sus huertos llenos de pomaradas en flor, y los rebaños por las «corredoiras» entre follajes verdes, destacando cual palomas blancas los señoriales «pazos», las recónditas aldeas con sus inigualables «hórreos», ... Todo envuelto por el pertinaz y suave «orballo», cargado de humedad que reanima este sin igual paraíso y jardín que es toda Galicia.

Abajo, la Galicia del mar es otra maravilla de clima y vegetación, es otra belleza distinta de la anterior y hermana de ella. Esas inigualables rías en las que el mar y la tierra se besan con cariño y que tanto recuerdan los *fiords* noruegos, las costas de la provenzal francesa o las calas en las Baleares. Las rías altas — las del Cantábrico — Poz, Ortigueira, Ferrol, Betanzos y Coruña; y las bajas — las del Atlántico — Noya, Arosa, Pontevedra y Vigo, todas desembocaduras de sus ríos cortos y abrigo natural de los puertos pesqueros, guardados de los desaforados envites del mar.

¡Qué imponente es el mar! Nunca igual, siempre nuevo, variado; tranquilo, como inmenso espejo donde juegan las gaviotas y los barcos lo surcan con paz; oleado, como mecido por un suave susurro dormilón; bravío, encolerizado, medroso, temible volcán que aterra. ¡Cuántas alegrías produces, cuántas tristezas y catástrofes!, tus inmensas fauces azulinas no se sacian y guardan en sus ocultas grutas infinitas e inacabables riquezas. La contemplación del mar, y más si es por vez primera, produce algo difícil de describir, algo de *éxtasis*.

Y así es la tierra gallega, un jardín donde el susurro del viento se mezcla con el piar de los «paxariños», con el son dulce de la gaita en las romerías, el hablar dulce de las «galleguiñas» y el eco de las alboradas con el fornido «aturuxo». Por eso dice la copla popular:

«Mimosa, soave — sentida, queixosa;
encanta si ríe — conmove si chora.»

La ruta de Zamora-Sanabria a Orense, no sólo pone en contacto más directo el resto de España con Galicia, además es, en el ánimo del turista, del viajero, como antesala de las bellezas que en tan delicada tierra va a admirar. Orense es ciudad de paz y armonía, con sus afamadas fuentes calientes de las Burgas; el Miño, el manso y tranquilo río, que la baña. Paralelos discurren el ferrocarril y la corriente espumo-

sa, poniendo en la campiña del viajero el contraste gallego, rientes aguas blanquísimas, tupidos bosques de pinos y castaños, prados naturales donde las vaquiñas pacen tranquilas, los *poneys* (pequeños caballos) retozan, valles de vides, maizales y campos de nabos, legumbre de la que se sacan los ingredientes para el caldo gallego. Infinidad de túneles se cruzan, pueblecillos pescadores y agrícolas: Ribadavia, Pouza, Arbo, Guillarey, Porriño y Redondela. En Redondela comienza a verse el mar; la famosa e inmensa — de 30 kilómetros — ría de Vigo o de Redondela no tiene parangón, en ella pueden refugiarse todas las escuadras marinas. Su paz y tranquilidad es en parte debida por la defensa que en su entrada la hacen las islas Cíes. Redondela, la villa de los acueductos es antesala de Vigo. El paisaje que como saludo matutino nos brinda este pequeño trayecto es indescriptible, sobre la colina el ferrocarril, al fondo la paz del mar en la ría estrecha, y en sus orillas el verde limpio; el estrecho de Rande, de sólo 600 metros de anchura, teatro del desastre de la escuadra anglo-holandesa, allá por el 1702. Ya se divisa Vigo, la ciudad cosmopolita, activa e industriosa.

II.—VIGO TRABAJA

Vigo, en la costa derecha de su inmensa ría, se asienta en una colina con dos atalayas que vigilan su vivir incansable, que son el monte del Castro y el formidable mirador de La Guía. Aquel de infinitas bellezas naturales y perspectiva fantástica, antes fortaleza de la ciudad y hoy parque y jardín.

Asombra Vigo por su rápido desarrollo urbano, pues en poco más de un siglo ha pasado de los 2.500 habitantes a los 160.000 que en la actualidad posee. Por sí solos dicen mucho los números en el resurgir de esta ciudad y en la laboriosidad y afán de expansión de los vigueses, que no se duermen en sus lauros; por eso el decir del pueblo: Vigo trabaja, Pontevedra duerme, Santiago reza y La Coruña se divierte.

Es ciudad urbana y amplia, con modernas avenidas: las del Príncipe, García Barbón, Gran Vía, Policarpo Sanz y José Antonio, en los que destacan soberbios y airosos edificios, surcadas por un nutrido servicio de tranvías que facilitan el acceso a sus muchas playas.

Su puerto, puede decirse, es la maravilla de la ciudad, pues se contará entre los mejores de Europa y del mundo; solamente de Enero a Junio pasaron 54.000 viajeros. En él tienen entrada los mejores trasatlánticos en ruta hacia América y de todas las banderas. El puerto pesquero del Berbés es el primero de España, en medio año se alijaron 23.000 toneladas de pescado. Cientos de embarcaciones se divisan a diario enfrascadas en las duras faenas de pesca; adentrándose en alta mar donde suelen pasar hasta 15 o más días. Fruto de este quehacer infatigable es su próspera industria de conservas, escabeches y salazones. Buques, trasatlánticos, turbonaves, vapores y en general toda clase de barcos, con carga y pasaje, hacen escala en el puerto de Vigo cuya nueva y magnífica Estación Marítima habrá abierto sus puertas en el pasado Otoño. «Montserrat», «Laennec», «Alberto Doderó», «Charles Tellier», «Monte Urquiola», «Antilles», etc... son nombres que podían leerse en las enormes moles, cual casas navegantes, que tocaron tierra por aquellas fechas veraniegas. La salida del gigantesco «Antilles», trasatlántico francés, es digna de recordarse. Tras los preparativos de desatraque con avisos de sirenas, toques de campanillas y voces de mando, el coloso marino comenzó a temblar y muy lento fué separándose, ora de proa, luego de popa: soltándose las amarras que lo tenían atenazado al muelle. Era una calurosa mañana de Julio, una débil brisa rizaba la mar poniendo su riente mareita sedante para el bochorno estival. Continuaban las voces de mando, en cubierta todo era actividad; cada cual en su puesto maniobraba con precisión y coraje, moviase el buque y más bien daba la sensación de ser el muelle quien se desplazaba. Ya estaba enfilando la ría y paulatinamente su velocidad era mayor;

surcaba medroso el mar haciendo vacilar la frágil barquichuela del práctico, quien volvió grupas y dejó que aquella mole marina se perdiera en el brumoso horizonte. Se hizo la paz en el puerto y como libres ya del monstruo volvieron a surcar la ría, los barcos de pesca, las motoras, los veleros, los barquitos de remo, los balandros.

Las playas de Vigo no están en el casco urbano de la ciudad, a ellas hay que trasladarse tomando el tranvía que discurre primero por sus mejores calles y después entre maizales y campos de verde. Samil es la más cercana. Recuerda a la famosa Concha de San Sebastián; con más de dos kilómetros de extensión; muy fina y blanca arena y bello paisaje. Más alejada se encuentra Playa América; más pequeña y con vida social propia, luego Bayona y Gondomar.

Otro lugar de reposo y esparcimiento es el parque municipal de Castrelos, bosque poético bañado por el río Lagores, con un típico pazo gallego; lugar ideal para el descanso fatigoso del cotidiano vivir de la urbe; allí se contempla la Naturaleza y se vive a solas con Dios.

III.—EXCURSIONES GALLEGAS. PONTEVEDRA DUERME

Como punto de arranque para la ideal campiña que la circunda, es Vigo centro de excursiones en todas direcciones. A través de su ría para visitar los pueblecitos pesqueros de Domayo, Moaña y Cangas, éste con sus cinco mil almas, gran riqueza pesquera y agrícola, situados todos en la península de Morrazo; el ambiente típico abunda, casas en su mayor parte de piedra, rezumiendo humedad que les viene del mar, envueltos en esa débil niebla marina que ellos llaman «orbollo», en el país vasco «siri-miri» y en Casrilla «cala-bobo». Las calles de cantería viva, los rudos y esforzados marinos en sus nobles tareas hablando ese brusco y dulce dialecto gallego, pues si de dulce tiene por el dejo que suena a música, de brusco conserva el ser casi ininteligible por su rápido decir. Pueblos que han tomado ejemplo de Vigo y progresan con su vida marinera, sus importantes industrias de conservas y sus costumbres llaman la atención del viajero que gusta visitarlos y recorrer en los vaporcitos de pasajeros la ría tranquila: Se vuelve de noche, todo es paz y silencio, duermen los barcos de pesca y las gaviotas, sopla el viento levantando olas que mecen la barcaza; allí, al frente, la ciudad parece mirarse en la noche, sus innumerables luces refléjanse vivas en la ría, vuelven a sonar los dulces cantos gallegos aireados por el clásico «alalá» del fornido mozo y ellas, las suaves «rapazas» mezclan sus voces con las notas de un acordeón.

Otra excursión ideal es al Monte Santa Tecla, visitando de antemano la episcopal Tuy, cuya Catedral del siglo XIV es joya de arte ojival; simpático y agradable su variado mercado; exponente fidedigno de la campiña gallega, hermosas frutas, productos hortícolas: en fin, todo lo que este campo, tan rico y multicolor, de un verde variado, puede sacar de las entrañas de la tierra con ese sol que disfruta y la menuda agua que lo baña. Ya en Tuy hacemos contacto con el apacible Miño; sobre el cual pone nota atrevida el majestuoso Puente Internacional que nos une con la amurallada ciudad portuguesa de Valença do Miño.

A través de hermosos pinares llegamos a la falda del Monte Santa Tecla. La ascensión resulta peligrosa por su continuo zigzag, pero bien merece la pena la subida, por el maravilloso paisaje que desde allí se divisa, Santa Tecla es un monte en forma cónica, circunvalado por un panorama jamás visto. El Miño tranquilo, como temiendo su encontronazo con el mar, anchuroso, surcado por débiles barquitas; allá la costa portuguesa como un nacimiento con sus casitas blancas, su follaje y su paz; acá la costa española como un cromó pictórico, sembrada de pazos y hórreos, de prados y bosques; luego el oleaje bravo en la unión del río con el mar, lanzando su canto quejinoso y cerrado por la isla de la Insua; el mar inmenso se abre amplio y mudo, y al otro lado La Guardia, pueblo pesquero, divisándose a vista de pájaro su completa flota, pequeñita y alineada en la bocana del puerto. En estos deliciosos

lugares la vida parece más fácil, más humilde el espíritu y más sereno el amor, a contemplar tantos dones y privilegios como el Supremo Hacedor ha prodigado en esta bendita tierra.

Con el ánimo alegre por tales maravillas, se retorna entre mar y monte visitando a poco la enorme Virgen de la Roca, imagen de protección a los navegantes. Pasamos por Bayona, Sabaris, La Ramallosa, Playa América, Panjón, con su templo Votivo del Mar y Samil.

Otra excursión que desde Vigo se puede hacer es La Toja pasando por Pontevedra y Marín o sea recorriendo tres hermosas rías: la de Vigo, hasta su interior, la de Pontevedra y la de Arosa, tan amplia que acoje en su seno a la polifacética isla de La Toja, Pontevedra es, como capital de la provincia, ciudad bella llamada por ende el jardín de Galicia, tranquila y señorial, de clima dulce y simpar vegetación, a orillas del río Lérez que le arrulla. Posee un muy completo museo de Santo Domingo con ricas joyas, un bien reproducido camarote de Méndez Núñez, el de «más vale honra sin barcos, que barcos sin honra», con infinidad de recuerdos del valiente marino y una colección epigráfica; su colosal Iglesia de Santa María la Grande; cuyo estilo gótico se reconstruyó en el XVI y la capillita de la Divina Promesa, circular y como de juguete en la central plaza de Orense.

De Pontevedra a Marín sólo pocos kilómetros para apreciar la Escuela Naval-centro donde estudian los futuros marinos de España; majestuosos edificios que bordean un patio presidido por la estatua de Méndez Núñez. Aulas y máquinas, cañones y mar donde las nuevas mentes miran en el futuro de la Patria porque esas aguas son también España y ellas tienen el recuerdo de las glorias pasadas y la memoria de los héroes caídos.

Ya en línea directa a La Toja pasando antes por idílicas playas como Sanjenjo y pueblos típicos como Combarro, aldea flotante en el mar que lame materialmente sus casas cuyo tipismo es de lo más acendrado. Luego el pueblo de El Grove, por cuyo puente pasamos a la pequeña isla de La Toja, lugar de recreo, sin parangón, de alta sociedad y de lugares bucólicos donde el paisaje se mezcla entre el mar y la montaña llena de pinos; toda la isla es así, un pinar y una costa tranquila; la mole señorial del Gran Hotel, con magnífica piscina y amplios jardines; esmaltada por chalets entre los pinos; la Fábrica de Jabones; industria típica y arraigada en ese trozo de tierra ganado al mar y el salitífero Balneario de aguas termales.

Al regreso, entre dos luces, el paisaje y recorrido es el mismo, pero el ambiente distinto; son dulces los atardeceres junto al mar, entre bosques que ofrecen su aroma y un susurro dormilón. Volvemos a la ría de Vigo divisando la isla de San Simón; retiro de ancianos y antes Lazareto, luego Vigo, la ciudad que no descansa.

IV.—SANTIAGO REZA

Santiago y cierra España. He aquí el grito de un pueblo, el grito de una fe, de una lucha; grito que se dejaba sentir por los campos victoriosos de la Reconquista, como arenga que elevaba el espíritu y redoblaba las fuerzas. Era la fe de un pueblo en aquel Santo, hijo del Trueno, como lo llamaría el Señor, que trajo la Buena Nueva extendiéndola por nuestra tierra y la defendió con apariciones en muchas batallas sobre un caballo blanco y haciendo mella en las huestes moras. Ese grito es aún hoy día motor y guía en los momentos claves de la Patria.

Más que Roma y Jerusalén, fué Santiago, en los siglos XI al XV, la ciudad de las peregrinaciones del mundo entero, que acudían a orar ante el cuerpo santo del Apóstol. En época de Alfonso II el Casto, de Asturias, se descubrieron las sagradas reliquias y durante los citados cuatro siglos el fluir de peregrinos no cesaba un instante. Reyes, príncipes, magnates, grandes señores convertidos en humildes peregrinos, con el bordón y la calabaza de penitencia, recorrían el Camino de Santiago o Vía Láctea de los Astrónomos.

Es Santiago de Compostela como un gran museo al aire libre, viviente, museo arquitectónico, pues tiene obras de todos los estilos: románico, gótico, renacimiento, neoclásico y barroco. Sobre todo destaca su joya por antonomasia, su incomparable Catedral Románica, obra en los años 1078 a 1211, con sus magníficas fachadas, sus esbeltas torres como encajes gigantescos, la puerta de las Platerías, cual filigrana y su fachada principal, todo armonía. En su interior la cripta con los santos restos del Apóstol en la caja de plata, rodeada de capillas y mausoleos; el altar mayor, con la imagen del Santo, al cual no sólo se le reza, sino que se le abraza en una mayor demostración de fe, la inmensa nave con el Pórtico de la Gloria, único en el mundo, obra sin igual del genial Maestro Mateo, llamado el santo «dos croques», pues es tradición darse dos golpes contra él para tener suerte en la vida. Todo Santiago es, como hemos dicho, una obra de arte; sus iglesias de Santa Susana y Santa María Salomé, el Colegio Fonseca y la Universidad. Sus calles sueñan y saben a Edad Media; esos pórticos de la Rúa tienen sabor estudiantil; rezuman humedad y nos retrotraen al pasado. La plaza de la Catedral, enmarcada por cuatro soberbios edificios: el Hospital (hoy Hostal de los Reyes Católicos), Ayuntamiento, Escuela del Magisterio y Catedral. Otra de las cosas, excelsa y digna de loa, es su nutrido Museo, con lienzos antiquísimos, cuadros de valor artístico, recuerdos, joyas, etcétera, y entre todos sobresale el «botafumeiro», famoso y gigantesco incensario usado en los siglos de tan intenso peregrinaje para quitar el hedor de la muchedumbre. Hoy sólo se usa en grandes solemnidades y en contadas peregrinaciones.

Como marco de este gran museo al aire libre citemos el paseo de la Herradura, desde donde se divisa un magnífico panorama; la ciudad en su más hermoso y pleno conjunto, el objetivo fotográfico no aguanta el poder captar en su retina el aspecto armónico de la monumental Compostela.

V.—...Y LA CORUÑA, SE DIVIERTE

Pasar de la tranquila Santiago, ciudad de la fe y del rezo a la jovial Coruña, la urbe de la alegría, la ciudad cristal y sonrisa como la llaman, con sus innúmeras cristalerías o galerías de cristal reflejándose en el inmeso puerto que la baña; es como contemplar un riente amanecer, como pasar de la silenciosa noche al claro día. La noche callada y serena, consciente de su pasado y noble, es Santiago; el día, soleado y hermoso, lleno de luz y colores, es Coruña. Entre ambos el amanecer; ese campo que separa ambas ciudades; ese campo verde, con rientes arroyuelos saltarines y de dulces coloquios; bosques en las cumbres; prados en los valles, atravesando pueblos y más pueblos, sin que en uno de ellos falte el tan típico hórreo, son Berdia, Ordenes, Queijas, Bregua, etcétera..., entre túneles que salvan las escabrosas moles del núcleo Galáico-Duriense.

La Coruña, ciudad de sabor madrileño por sus calles similares a la de la capital, es urbe enfrascada en el mar interior llamado «Las Mariñas», cosmopolita y de vivir intenso. Sus Cantones con vistas al mar, al puerto, grandes avenidas, hermosas plazas con floridos jardines, cuales son esos frondosos de Méndez Núñez, que parecen hechos para los cuentos infantiles de Grim; con surtidores y estanques, grutas y palmeras; luces de colores en las noches de fiestas de la primera quincena agostea; fiestas de un arraigado sabor de la tierra en el marco bellissimo de sus nocturnos tranquilos; en estos mimados jardines, con tracas y cohetes, todos ellos transformados en pistas de baile; es allí, al son de la típica dulzaina y del tamboril, danzando las lánguidas muñeiras; acá, al susurro paciente del organillo madrileño con sus chotis y pasodobles; más allá, con las conjuntadas notas de la nutrida banda municipal o de las modernas orquestas de maracas y jazz. Así son las fiestas coruñesas, torrente de alegría y de placer sano; luego sus suntuosos salones de sociedad, sus teatros y cines.

La plaza de María Pita, heroína coruñesa que salvó a la ciudad en el 1589, del

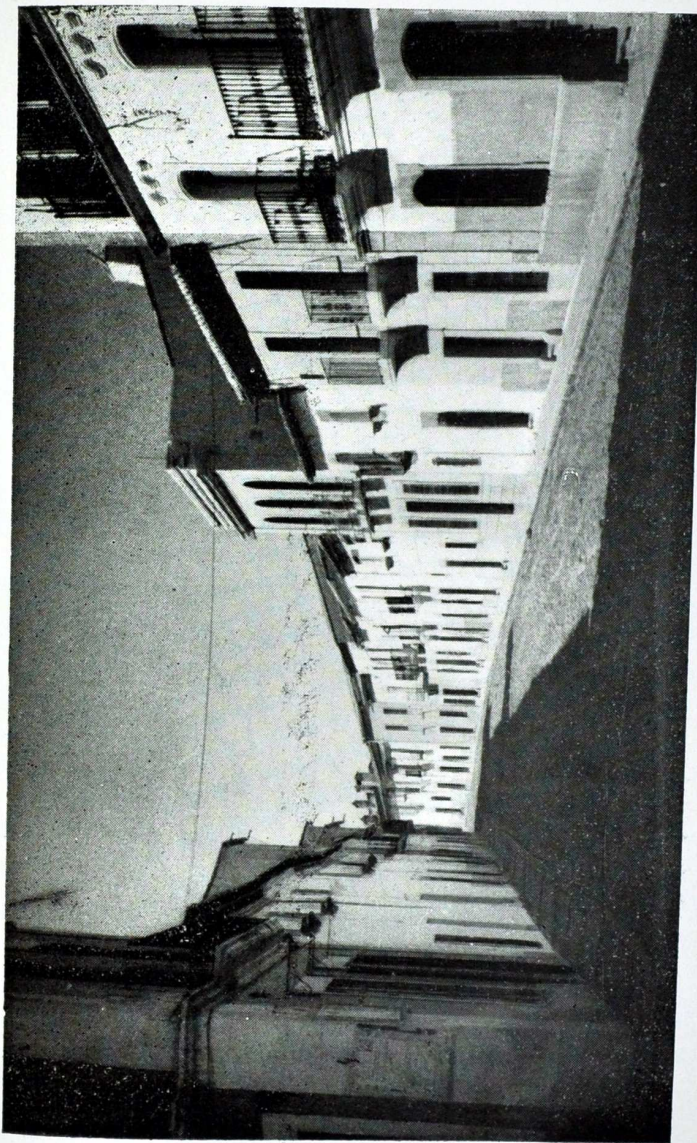
cerco inglés, con fachada similar a la salmantina Plaza Mayor. Su famosa torre de Hércules, de 59 metros de altura, de origen fenicio, toda de cantería, desde la que se domina un panorama a vista de pájaro. El magnífico estadio municipal de Riazor, junto a la playa de su nombre, en el casco de la ciudad, y que con las de Santa Cristina y Bastiagueiro, son el complemento para hacer de la ciudad centro veraniego y acogedor por excelencia, y por último su puerto extenso, en amplia ría, con aire de moderno vivir, puerto pesquero con formidables fábricas conserveras, donde se ocupan multitud de personas; los bous, alineados en los espigones, en espera de salir a buscar la codiciada carga; el Club Náutico, en cuyo fondeadero se hallaban los yates de la regata Brest-La Coruña. En el puerto, gran actividad naviera: el «Carrón» inglés, escolta de los débiles yates; la turbonave «Montserrat», en escala hacia América Central; el buque-escuela italiano «Américo Vespucci», de nobles líneas y bella estampa. Su entrada en el puerto, con el velamen desplegado, era en verdad atrayente. Ante él recordamos al homólogo español «Elcano». Se esperaba al «Marqués de Comillas», el imponente trasatlántico español, en viaje de regreso de América.

Coruña es ciudad alegre, pero desde hace unos meses llora la muerte de su querido Alcalde, impulso y guía magnífico de esta ciudad española.

No muy lejos está Ferrol con sus astilleros y rientes campiñas, donde vió la primera luz nuestro Caudillo y Salvador de España: el Generalísimo Franco.

Galicia, pueblo de grandes empresas, de héroes, de ideales campos, que ríe y llora, canta y retoza. Eres Galicia como una novia española.

Peraleda de la Mata, invierno del 1959.



ALBUM EXTREMEÑO. - Calle de Malpartida de Cáceres.